

Felicia Marie  
Knaul

AGUILAR



# Tómatelo a pecho

Tómatelo a pecho

Felicia Marie Knaul



AGUILAR



FONTANAR

# Índice

PRÓLOGO DE SOR MARY .....	15
INTRODUCCIÓN .....	21

## PRIMERA PARTE: DUDAR

CAPÍTULO 1: ¿TENGO...? .....	29
La mamografía y el precipicio .....	29
¿Qué significa BI-RADS? .....	36
No es una exageración mía .....	40
¡Díganme que sí lo estoy exagerando! .....	45
Siguiendo pasos, ¿hacia dónde?.....	47

## CAPÍTULO 2: UNA PAUSA PARA DISFRUTAR EL

MUNDO DE LOS SANOS.....	51
La espera .....	51
Ir o no ir a Disneylandia... ..	55
Aunque suene irónico: la magia de Disney .....	61

## SEGUNDA PARTE: DESCUBRIR

CAPÍTULO 3: ES .....	67
La biopsia: ya sé qué es .....	67
Comida en Tlalpan .....	74
Una tarde para poner todo en orden.....	79
La pregunta de Hannah.....	84
La noche anterior a la primera cirugía .....	87

CAPÍTULO 4: DECISIONES DIFÍCILES Y LAS HERRAMIENTAS PARA ENFRENTARLAS..... 89

- Lo que se siente ser paciente ..... 89
- El diagnóstico inicial..... 95
- La primera noche..... 98
- Mi mamá ..... 102
- Llevar una vida de sana y celebrar, a pesar de todo 105
- Decisiones, primera ronda..... 111

TERCERA PARTE: DECIDIR

CAPÍTULO 5: EL NACIMIENTO DE TÓMATELO A PECHO 119

CAPÍTULO 6: TORMENTA DE DECISIONES ..... 129

- Yo ante la junta de médicos amigos ..... 129
- Soy cancerosa ..... 134
- Una primera, segunda opinión ..... 138
- Sola, por primera vez ..... 142

CAPÍTULO 7: UN VIAJE EN BUSCA DE RESPUESTAS ..... 147

- El viaje a Seattle ..... 147
- Un hospital para tratar el cáncer,  
con vista a la bahía ..... 151
- Respuestas y más preguntas ..... 153
- Navegando el laberinto..... 159

CAPÍTULO 8: UN TIEMPO CON AMIGAS ..... 161

- Decisiones ..... 161
- La caja ..... 164
- La cena ..... 165
- Viaje de regreso ..... 166

ÍNDICE

CAPÍTULO 9: ¿MASTECTOMÍA O NO MASTECTOMÍA? .....	171
Confusión.....	171
Primera resonancia magnética.....	174
Resultados y avances .....	177
Un regalito para mí: pintar con niños hospitalizados	180
Segundo viaje a Seattle .....	183
Radiación o mastectomía .....	186
Finalmente lloro .....	187

CUARTA PARTE: DESPEDIR

CAPÍTULO 10: SALUD, ME DESPIDO DE TI; POR LO MENOS POR UN TIEMPO.....	193
Puentes entre el mundo de los sanos y el de los enfermos .....	193
Cielo, arena, mar y rocas .....	195
El milagro de la roca cubierta de focas cantantes ..	196
Tres <i>strikes</i> y quedas fuera: va la mastectomía .....	198
El nerviosismo me trae algo de paz interna .....	201

CAPÍTULO 11: LA MASTECTOMÍA.....	205
La primera presentación de Tómatelo a Pecho .....	205
Me opero en México... ..	207
Mastectomía.....	209
Yo puedo.....	211

CAPÍTULO 12: HACIENDO LAS PACES CON LA QUIMIOTERAPIA .....	215
Campos de concentración y quimioterapia .....	215
Acepto ser paciente .....	217
Maha me ayuda a enfrentarlo .....	224

CAPÍTULO 13: PREPARÁNDONOS PARA LA QUIMIOTERAPIA ..	227
Mi primera peluca.....	227
La primera entrevista.....	232
Me despido de mi mamá por última vez con cabello.	234
La celebración en Acapulco .....	236
CAPÍTULO 14: LA PRIMERA DOSIS: FEC #1 .....	241
Corte de pelo .....	241
El día anterior: los preparativos.....	244
Llegó el día.....	249
La peluca .....	257
QUINTA PARTE: DEVOLVER	
CAPÍTULO 15: PIERDO EL CABELLO, GANO MI IDENTIDAD Y EMPIEZO A PERCIBIR MI ESENCIA..	263
Empieza la pérdida.....	264
Decido vivir la vida .....	265
Cómo ayudar a las niñas a asimilar la pérdida.....	271
Sigue cayendo .....	275
Con Hannah, logro terminar el proceso .....	277
CAPÍTULO 16: CAMINAR CON QUIMIOTERAPIA .....	281
La vida con quimioterapia .....	281
Sanarme: el ejercicio .....	284
Animarme: oportunidades para disfrutar .....	286
Inspirarme: el programa Tómatelo a Pecho .....	288
CAPÍTULO 17: LAS EXPECTATIVAS MOLDEAN LAS PERCEPCIONES .....	297
Termina el Taxol y nos vamos de vacaciones.....	298

ÍNDICE

La septicemia .....	299
Reacciones tardías .....	304
La vida con Herceptin: diez meses de “problemitas” ..	307
¿Por qué compartir las dificultades? .....	314
CAPÍTULO 18: LO QUE PERDÍ.....	317
Síntomas que perduran .....	318
El pasaporte del mundo de los sanos: la vida sin miedo.....	321
Salud sexual .....	322
Lo que decidí perder: la otra mama .....	330
CAPÍTULO 19: LAS MUCHAS FORMAS DE REZAR Y LOS MÚLTIPLES REGALOS QUE DIOS ME DIO.....	337
Tender la mano .....	337
¿Cómo rezo? Agradeciendo el momento .....	340
Muchas personas rezaron por mí.....	342
Muchas personas me tendieron la mano .....	345
CAPÍTULO 20. DE REGRESO... ..	349
Es mucho lo que es mejor.....	349
Bienvenida la salud.....	350
Hago lo que nunca antes podía .....	352
Los momentos.....	354
EPÍLOGO.....	357
BIBLIOGRAFÍA.....	367

## Capítulo 2

### Una pausa para disfrutar el mundo de los sanos

#### LA ESPERA

No pude hacer nada durante los dos días que siguieron. Sólo esperar y anestesiarme. Todo es muy doloroso, es llorar todo el tiempo, te quedas como en una pausa, en un compás de espera, con el alma adormecida, y así van pasando los momentos.

Me doy cuenta, meses después, de la enorme necesidad que tenía de contar con más información. En ese momento no entendía nada. No aún. Sólo el tiempo y la información lograrían quitar la sensación de catástrofe y terror que me acompañaba como una constante sombra.

No podía aún hablar con Rubén, el cirujano-oncólogo (me acuerdo que este término me daba mucho miedo) que ya todos buscaban. Nadie podía contactarlo. Pasaron apenas 32 horas hasta que logré hablar con él, un domingo por la noche, pero esa espera fue un calvario. Sin embargo, sirvió para hacerme pensar en lo que sufren tantas mujeres y pacientes que

tienen que esperar mucho más tiempo, quizás semanas, para hablar con sus médicos.

Gustavo y yo reanudamos en la tarde la cita de trabajo postergada. Él, como amigo, estaba muy angustiado por mí y no podía creer que yo quisiera trabajar. Pero el trabajo sí distrae, y durante los siguientes meses utilizaría esta actividad una y otra vez para lograrlo.

También recuerdo haber hablado con Sonia Ortega, mi colega del alma. No tenía duda de que estaría a mi lado en todo y para todo, y así resultó a lo largo de los difíciles meses que siguieron. Sin embargo, al principio negaba lo que pudiera estar sucediendo y simple y sencillamente me dijo: “No puede ser.”

Tenemos muy buenos amigos que viven cerca de nosotros en Cuernavaca, Rosa María López y Rafael Dominguez Morfín. Ellos son de las pocas personas en las cuales deposito una confianza absoluta para muchos asuntos personales y profesionales. Hannah es muy amiga de su hija Regina, y yo también la quiero mucho. Se me ocurrió entonces hablarles en la tarde, con el fin de juntar a las niñas y quitarle un poco de la angustia a Hannah.

“Cuando estas cosas suceden es el momento en el que uno debe estar con la familia. Deja a un lado la computadora y vente con las niñas a celebrar”, me dijo mi amigo Rafael. Lo que me estaba diciendo en realidad fue: “Celebra la vida ahora”, e implícitamente: “Porque uno no sabe por cuánto tiempo lo podrá seguir haciendo.”

Nos fuimos en la noche a una fiesta de Halloween. Era cierto. Me hizo mucho bien salir con mis hijas, pero no pude quitarme de encima esa nube de angustia que me rodeaba.



Esa noche Rafael me dio un santo que llevé todo el tiempo desde ese momento y hasta contar con el diagnóstico sobre mi pecho izquierdo. Esto no tendría importancia si no dijera que soy judía. Tiendo a ser muy abierta a las diferentes opiniones y opciones que existen para llegar a Dios. Lo importante de ese santo era que venía de mis amigos y, en ese momento, todo servía. Cuando llegó el diagnóstico diez días después, decidí ya no llevarlo en mi pecho pues de todos modos ya no podría llevar nada. Sin embargo, aún conservo ese santo y lo traigo conmigo en la bolsa.

Quizá les sorprenda que hasta este punto no he mencionado ni la religión ni a Dios. A mí me sorprendió y me dio tristeza y angustia, pero la realidad es que así fue, se fue de mi alma la capacidad de rezar. Soy una judía reformista (esto significa poco tradicional) pero muy creyente. Rezaba con frecuencia y mantenía una línea de comunicación muy personal con Dios. En ese momento en que necesitaba rezar no salía de mi alma absolutamente nada.

Analizo en profundidad este punto de la religión y el rezo en la última parte de este libro, y es suficiente, por ahora, asegurar al lector que mi falta de capacidad de rezar no obedecía a un enojo, sino a que no encontraba el camino hacia Dios. Ello me llenó de preocupación, pero no sabía ni cómo abordarlo. Lo que sí sabía es que traía algo hueco donde antes tenía mi alma plena.

Cuando Julio llegó a casa muy temprano la mañana del domingo, y me abrazó, tuve que fingir para mí, no para con él, que todo estaba tranquilo. Me di cuenta de que por primera vez en mucho tiempo navegábamos juntos. Pero, a la vez, lamenté mucho que tuviera que ser en este mar de angustia, sin rumbo y aún sin remos.

Lo primero que quise consultar con él fue su opinión sobre si debía contarle a mi mamá inmediatamente o si debía esperar. Provengo de una familia pequeña, somos únicamente mi mamá, mi hermano y yo, ya que mi papá murió en 1984. Después de un largo análisis con Alicia, desde todos los ángulos y considerando todos los aspectos, había casi decidido no contarle a mi mamá sobre lo que estaba pasando. Me dolía mucho esta decisión, pero la habían operado de la rodilla apenas seis semanas antes. Sabía que le iba a doler más a ella tal vez que a mí, pero Alicia, sabiamente, me convenció de que era mejor no darle esta noticia por teléfono, y menos cuando no sabíamos nada aún. Mi mamá llegaba el jueves 8 de noviembre de Toronto, ciudad donde vive, a pasar su cumpleaños número 84. Para ese entonces ya tendríamos mucha información.

Lo consulté con Julio y él estuvo de acuerdo. Me dijo que sería muy difícil dejarla sola en Toronto con la noticia e incertidumbre de una mamografía sospechosa. Accedí. Creo que hice lo correcto. Espero que mi mamá me haya perdonado.

Entonces escribí a mi hermano Jonathan, quien trabaja en el ejército canadiense como piloto y se encontraba en Europa en un curso. Me acuerdo del dolor al contarle a mi “hermanito” de 39 años que yo podría tener cáncer.

Todo el domingo se fue en hablar con Julio sobre el posible cáncer y, en brutal contraste, también dispensamos mucho tiempo platicando sobre el viaje a Disneylandia y si era mejor cancelarlo o no. Finalmente, el domingo en la noche Misael encontró el celular de Rubén y logré hablar con él.

Le expliqué lo que pude sobre el BI-RADS y la mamografía y le pedí una cita para el día siguiente. Mi corazón se desplomó cuando me dijo que se iba de la ciudad a un con-

greso a partir del día siguiente, lunes, muy temprano, y que no regresaría hasta el jueves, el mismo día que deberíamos salir a Disneylandia.

Le pedí que hablara con Alicia y con Dilys, y en el primero de muchos actos de gentileza y generosidad de su parte así lo hizo y me devolvió la llamada. Rubén me aseguró que podía esperar hasta regresar de Disney o a su regreso el jueves o viernes, pero que si no quería esperar me recomendaba otro médico.

Colgué desesperada. Tendría que esperar más tiempo o buscar otro cirujano. Empecé a torturarme con pensamientos hipotéticos de lo que pudiera haber sido si tan sólo me hubiera contactado con él en la tarde, que lo podía haber visto el domingo mismo, que ya estaría en otra situación, si tan sólo hubiera... Ya estaba aún más confusa.

Pero retrospectivamente fue fabuloso que eso haya pasado. Invertí mucho tiempo y angustia durante los siguientes tres días en decidir posponer la biopsia, pero hoy no cabe duda de que eso fue la decisión correcta, y lo que me permitió tomarla fue el hecho de no contar con la opción de ver a Rubén inmediatamente.

## IR O NO IR A DISNEYLANDIA...

Es como estar en el filo de un precipicio, con una sensación de haber caído en él, pero sin haber dado el salto, quedándote tan sólo suspendida en el aire mirando la profundidad. No sabes si al siguiente paso vas a caer sin remedio o si seguirás de pie, caminando por el borde durante más tiempo. Estos momentos de suspenso son producto de no saber qué tienes

ni qué tendrás que enfrentar, pues no eres consciente de qué tan hondo es el agujero frente al cual estás parada. Soportar estos momentos —mismos que para muchas se convierten en semanas o aún en meses— es una tortura.<sup>1</sup>

Hasta ese momento yo no sabía si lo que llevaba en mi interior era o no cáncer. Y, en medio de la noticia sombría avistaba una luz: la oportunidad de estar con mis niñas en un viaje que habían deseado tanto. Y, tal vez, ésa sería la última oportunidad, la última claridad en un periodo de oscuridad que duraría quizá mucho tiempo.

Para lidiar con esta incertidumbre me doy cuenta ahora de que toda mi angustia la centré en la decisión sobre ir o no ir a Disneylandia —como si la realización del viaje fuera realmente una decisión cataclísmica en medio de todo lo que estaba pasando. Gasté horas, muchas, pensando si habría otras opciones para el viaje a Disney.

Fui a ver a Alicia en el Instituto Nacional de Nutrición con los resultados de la mamografía y del ultrasonido para pedir que el radiólogo de allí me diera otra interpretación y tomar una decisión más informada sobre si pudiera esperar una semana o no. Era apenas el lunes 29 de octubre, alrededor de las diez de la mañana, cuando acudí con Alicia para llevar-

---

<sup>1</sup> Después de haber leído varios testimonios, me doy cuenta de lo difícil que es esta espera para todas las mujeres después de una mamografía. Leer: Shapiro; y Patti Balwanz, Carlos, Johnson y Peters, *Nordie's at Noon: The Personal Stories of Four Women "Too Young" for Breast Cancer*, (Philadelphia, Da Capo Press, 2007); Geralyn Lucas, *Why I Wore Lipstick to my Mastectomy*, (New York, St. Martin's Griffin, 2004); y Julie Gralow et. al., *Finding your Way to Wellness: Puget Sound Breast Cancer Information and Resource Guide*, (Seattle, Susan G. Komen for the Cure, 2007).

le las imágenes. Depositó los estudios sobre el escritorio de su oficina, y me quedé observándola mientras ella estudiaba las imágenes. Quería descubrir en su rostro un gesto, un movimiento, una reacción que me fuera indicativa de lo que me estaba sucediendo.

Alicia salió de su oficina con las imágenes y regresó unos 15 minutos después. Me dijo que las había visto con uno de los mejores radiólogos de México y que, en su opinión, podría tratarse de un BI-RADS IV, pero quizá “A” en vez de “B” (en el caso de BI-RAD, más es peor), lo cual podía indicar una probabilidad de que fuera una lesión maligna menor al 60-70 por ciento que me habían dicho en Cuernavaca.

Le pedí que me explorara. Esa petición, o más que petición una súplica, no resultó nada fácil para mí, pues aún conservaba algo de pudor y nunca me había despojado de la ropa ante mi cuñada. Mi solicitud era un claro indicador de mi desesperación, pero también de mi confianza en su capacidad de darme consejos médicos y no médicos en todos los aspectos de mi vida. Yo quise depositar en ella una decisión que no podía tomar y compartir una certidumbre que yo estaba manejando como incertidumbre.

Alicia es como una columna de concreto o un muro de contención que puede absorber una enorme cantidad de presión y de peso. Ella absorbió durante toda esa semana todo el peso de lo que me iba a suceder, y me dejó vivir unos días como si no hubiera estado ante un diagnóstico de cáncer. Ella me regaló la posibilidad de tomar la decisión de esperar para la biopsia.

Mientras me exploraba yo escudriñaba en sus ojos, en su expresión, cualquier gesto, cualquier cambio para sentirme aliviada o quizá más preocupada, pero liberada de la incerti-

dumbre. Nada. Alicia me exploró y no hizo mayor aspaviento. Pensando hacia atrás me acuerdo que ella volteó la cara cuando me exploró, pero en aquel momento quise pensar que estaba concentrándose.

Ahora puedo apreciar cómo buscaba esconderse de mis ojos y de mis preguntas insistentes. Si Alicia me hubiese dicho en ese momento, como me dijo después, “que se sentía muy feo” el tejido al palpase, no hubiera ido de vacaciones con las niñas. Ella me ayudó a tomar una decisión que no podía haber tomado si hubiera tenido más información: la decisión de disfrutar unos días en familia. Estos días no cambiarían en nada lo que iba a enfrentar después. En cambio, sí serían claves para fortalecernos emocionalmente, y dejarían buenos recuerdos que nos ayudarían a amortiguar los momentos difíciles que vendrían.

Hablamos Alicia y yo de otros cirujanos. Ella ofreció buscarme otro médico, pero a la vez insistía en que preferiría que fuera Rubén y en que saliéramos de viaje con las niñas mientras él regresaba a la ciudad. Insistía en que Julio y yo normalmente no apartábamos fechas para vacaciones y que no había que desperdiciar lo que ya teníamos organizado.

Allí, con mucha paciencia para convencerme, hicimos un recuento un tanto ridículo de los días por venir. Si no fuera a Disney y fuera con Rubén el jueves y me hiciera ese día o el viernes la biopsia no ganaríamos nada, porque tendría que esperar todo el fin de semana para obtener los resultados, dado que era un fin de semana largo debido al asueto. Por otra parte, si cambiara los vuelos para regresar el domingo, podría ir a Disney, vería a Rubén el lunes y tendría prácticamente la misma espera.

Era el lunes, y como todos los lunes, como si fuera cualquier lunes, había trabajo en mi oficina de la Fundación

Mexicana para la Salud. Así que después de ver a mi cuñada me dirigí a la oficina para trabajar. Mis colaboradores cercanos sabían de la situación desde el sábado, pero ahora me topaba con sus miradas y ellos se encontraban con la mía. Podía leer en sus rostros los desenlaces que mi mente ya escudriñaba. Sonia no lo podía creer aún y trataba de que todo pareciera lo más normal posible, pues intuía el infierno que estaba padeciendo.

Hablar con Héctor Arreola fue especialmente duro para mí, pero más aún para él. Su esposa, Loren —una médica que había dado a luz a su primera y única hija, ahora de cinco años— había fallecido de cáncer del seno apenas un año antes, en julio de 2006, a los 34 años. Con Héctor tengo una amistad que data de 1997. Fue estudiante mío y después colaborador. Él enfrentó mi posible diagnóstico como la gran persona y amigo que es. Se mantuvo siempre muy cerca en todo momento, pero jamás comentó nada. Esta cercanía ha perdurado y creo que juntos hemos aprendido cómo enfrentar el duelo.

Entré a mi oficina y me senté en el escritorio. Conteniéndome miré los libros, los cuadros, la fuente, todo tenía una luz diferente, y cuando lograba serenarme, una vez más, la desgraciada serpiente de la incertidumbre hacía de las suyas, y lo único que venía a mi mente una y otra vez era imaginar lo peor y tener mucho miedo. Me di cuenta de que había que poner en orden los pendientes del trabajo, pues tenía varios proyectos a entregar en esos días. Sabía que si resultaba maligno no iba a poder trabajar igual por un tiempo; pero mientras no se confirmara trataría de hacer a un lado, cuanto pudiera, la incertidumbre y aprovechar el tiempo.

Empecé a organizarme con mis colaboradores más cercanos —Héctor, Sonia, Sonia Peña, Julio Rosado (quien tan-

to me ayudó a escribir este libro) y Gustavo Nigenda. Hicimos un esfuerzo en los siguientes tres días para terminar una entrega y dejar un pendiente menos.

Hubo, durante estos tres días antes de las vacaciones, momentos en que parecía que ya no estaba y, al mismo tiempo, que estaba ahí. Podía verme como si estuviera fuera de mí, podía escuchar mi voz como si yo fuera un habitante externo a Felicia, aun siendo Felicia.

La serpiente de la incertidumbre me pesaba como si la trajera anudada en el cuello. Me enfriaba las manos. Cuando no podía más con ella recurría a la decisión sobre ir o no ir a Disney para ocuparme. Por lo mismo, ¿qué mejor opción que postergar la decisión sobre este viaje? Aunque seguía volviendo locos a todos —especialmente a mi marido y a mi amiga y agente de viajes, Marcela Lozano— aproveché al máximo esta indecisión sobre Disney para descargar ahí la tensión que sentía.

Alicia me llamaba cada dos o tres horas para analizar conmigo los avances, y siempre con el mismo consejo: “Deben tomar las vacaciones.” Dilys sugería lo mismo, aunque menos insistentemente.

Yo me había convencido de la ridícula idea de que si Rubén decía el jueves que él veía algo malo en las imágenes yo regresaría sola el domingo en la noche para verlo el siguiente lunes a primera hora y adelantar *todo* (por supuesto que no tenía idea de que era *todo* y mucho menos sobre lo que conlleva una biopsia). Esta insistencia era totalmente inapropiada e invasiva del espacio de Rubén como médico, pero afortunadamente para mí, y para muchos otros pacientes, Rubén es una persona de una infinita paciencia y gran capacidad de comprensión y compasión.



Sin embargo, con este tortuoso proceso de indecisión logré algo útil: desplazar la incertidumbre sobre el tumor y desgastarme tres días en decidir sobre un viaje a Disneylandia. ¡Qué bueno que pude desplazar la angustia en ello!, pues me hizo pasar mejor la segunda fase de los días de suspenso. Decidí ir a Disney y regresar hasta el lunes siguiente por la tarde, tal y como habíamos planeado originalmente. Tuve la oportunidad y la fortuna de pasar la tercera fase del suspenso divirtiéndome y disfrutando la vida, con alegría en vez de miedo.

Todavía pertenecía al mundo de los sanos aunque fuera tan sólo por un ratito más.

## AUNQUE SUENE IRÓNICO: LA MAGIA DE DISNEY

El viaje a Disneylandia con las niñas fue así: sentía que la vida me daba un regalo de tiempo, una oportunidad. Me atreví a jugar de nuevo. Volví a ser niña con mis niñas. Hice cosas que no me había atrevido a hacer en décadas. Maha y yo nos subimos al carrusel muchas veces. Juntas en un caballo. Gasté mi dinero en cosas que antes hubiera considerado superfluas (si no ridículas): en el salón de belleza de las princesas pinté mi cara de mariposa, del mismo color y estilo que Maha, y así pasé el día caminando por el parque. A Hannah le permití no solamente pintarse la cara, sino también arreglarse el cabello. Nos divertimos muchísimo.

Por supuesto que fue una inversión muy valiosa —por las sonrisas que en mis hijas provocaba y por sentirme llena de vida. Y Julio soportó casi todo aquello con algunos pocos momentos de frustración, como cuando nos escapamos de nuevo

al salón de belleza para volvernos a pintar de mariposas de otro color el segundo día.

Y mi actividad personal favorita: fuimos a la Sala *Tiki* y yo cantaba con las flores y los pájaros animados, lo cual dio vergüenza a toda la familia, más no a mí. Me gustó tanto que forcé a todos a ir una segunda vez al día siguiente.

En estos cuatro días Julio y yo prácticamente no hablamos del cáncer o de lo que pasaría la semana siguiente. Nos dedicamos a las niñas. Vivimos a través de ellas. Pasamos todo el día en diversión, desde la mañana hasta tarde por la noche. Llegábamos al hotel, que también disfrutamos, cansados y listos para el siguiente día de aventura.



Yo aparentaba estar sana, y no le marqué ni a Rubén, ni a Dilys, ni a Alicia para hacer preguntas.

Tuve que ejercer un control brutal de mis emociones y, más difícil aún, de mis pensamientos, pero logré hacerlo, quizás no todo el tiempo, pero la mayor parte sí. De jueves a lunes estaba consciente, en el fondo, de que tenía que regresar a terminar de vivir la pesadilla, pero mientras tanto me daba el lujo de dejar pasar el tiempo de otra forma —en diversión.

Creo que en este viaje empecé a cambiar mi forma de vivir. Comencé a percatarme del verdadero significado de “per-

der el tiempo”. Empecé a enamorarme de la vida, de todo lo que te provoca una sonrisa, de todo lo que es capaz de transformar los colores de tu espacio.

En esta ocasión no fue por el lugar, sino por ver a mis hijas felices y disfrutando. La ilusión de poderlo repetir llegaría a ser de mucha ayuda para mí tan sólo semanas después, cuando iba a tener que enfrentar la quimioterapia.

Pude agradecer a Dios, con antiguos rezos en hebreo, por haberme dado la oportunidad de llegar a aquellos momentos y por haber tenido esa experiencia, por darme vida, por sostenerme y por haberme guiado al momento preciso. Yo rezaba no con agradecimiento por lo que había pasado, sino por lo que estaba pasando —el momento de darme cuenta de que estaba disfrutando. Nunca pedí nada. Nunca pedí salud. Simplemente sentí agradecimiento y ése fue mi único mensaje para Dios. Yo seguía incrédula y preocupada por no poder rezar más o pedir más, pero así era. Apenas empezaba a percibir todo lo que estaba alrededor. Mi capacidad de percepción iría incrementándose con cada paso de la enfermedad y el tratamiento. Pero en este momento aún no estaba muy consciente de lo que me estaba pasando. Estaba decidida a disfrutarlo mientras pudiera, mientras me sintiera completamente sana. Decidida a vivir las horas como las vive una persona que no está enferma, sin preocuparme por la mutiladora que sabía que traía por dentro pero que en ese preciso momento no tenía poder ni importancia.

Lección aprendida: gozar y vivir plenamente el momento y estar en el presente.

## Capítulo 3

### Es

#### LA BIOPSIA: YA SÉ QUÉ ES

Aterrizamos en la tarde-noche del 5 de noviembre. Yo tenía este mensaje de Sonia Ortega esperándome en mi correo electrónico:

Dr. Rubén Cortés González

Espera tu llamada. Ya habló con la Dra. Alicia Frenk.

No podrá realizar la intervención si no te conoce, así que necesita revisarte antes. Por eso, programó lo siguiente:

Martes 6 de noviembre, 2007

11:00 hrs.      Revisión en Médica Sur

12:00 hrs.      Rayos X

14:00 hrs.      Intervención

Condiciones:

Desayuno ligero (fruta y café antes de las 8:00 hrs.)

Después de las 8:00 hrs. ningún alimento ni agua.

Leí el mensaje y se me desplomó el alma. Disneylandia quedaba muy lejos, en tiempo y distancia. Estaba entrando en otro mundo, el de los enfermeros, y aunque no quisiera, era un viaje obligado.<sup>1</sup>

Llegó el 6 de noviembre. Me desperté y me vestí como normalmente lo hacía por la mañana, pero nada era normal. Me despedí de las niñas e intenté, sin mucho éxito, no pensar en lo que a lo mejor les esperaba al término de ese día —saber que su mamá tenía cáncer.

Julio no había ido a la oficina para acompañarme con Rubén —otro indicador de la gravedad de la situación. Aun cuando había tenido que soportar exámenes difíciles y desagradables por otra enfermedad crónica que padezco —colitis ulcerativa crónica intestinal (CUCI)—, Julio no había faltado al trabajo para acompañarme. Hoy no solamente iba a faltar, sino que también iba a llevarme.

Me di cuenta de que no solamente no estaba exagerando, sino que no había forma de exagerar la seriedad de lo que enfrentábamos —ahora empiezo a usar el plural porque íbamos a sufrir todos como familia. Cada uno en forma distinta iba a vivir lo que venía, pero había algo en común: faltaba bastante sufrimiento por adelante.

Me di cuenta, en ese momento tan al principio, que yo guardaba un gran poder: la capacidad de amortiguar el su-

<sup>1</sup> Susan Sontag, *Illness as Metaphor and AIDS and Its Metaphors*, (New York, Picador, Farrar, Straus and Goroux, 1989).

frimiento para ellos. Y eso, más que cualquier otra cosa, me dio fuerza y valor para enfrentar lo que venía, y me daría mayor fuerza más adelante para lidiar con mucho más.

Caminaba como en un trance, y así llegué al consultorio de Rubén. Sonia Ortega nos esperaba en la puerta del hospital, imagen que llegaría a ser de rutina y muy tranquilizadora. Ella siempre estaría ahí —segura y dándome confianza— durante todo el largo proceso que seguiría. Nunca se movería de la puerta donde yo me encontrara, excepto para realizar trámites. Se ubicó en este momento como el representante de todo mi equipo de trabajo y como mi amiga. Yo no tendría ya que preocuparme por nada administrativo. Julio tampoco. Se ubicó con nosotros, con Julio también, con discreción, pero a la vez con una increíble sensibilidad y capacidad de resolución. Por eso, y mucho más, estaré eternamente agradecida.

Entré sola con Rubén al cuarto de examen y Julio esperó en el consultorio. Hasta la fecha sigo intentando que mi marido no tenga que estar presente cuando me revisan. Es mi forma de tratar de protegerlo y de amortiguar el sufrimiento para mi familia.

Rubén estudió las imágenes de la mamografía y del ultrasonido y después me revisó ambos senos. Yo traía una media batita. Todo el tiempo me mantuve reticente y retraída. Era muy cortés conmigo, a pesar de mi actitud tan defensiva. Me acuerdo de que me tocó con gran cuidado y respeto. En todo momento, desde ese día y hasta la fecha, me ha ofrecido ese mismo afecto con cada acción y con cada extensión de la mano, tan es así que me es muy difícil pensar en esa misma mano guiando un bisturí en mi tejido.

Rubén me dijo que era mejor hacer la biopsia de una vez, y me percaté entonces de que él estaba casi seguro de que lo que tenía era maligno.

Aterrorizada le pregunté lo que más me preocupaba en ese momento: “Si es maligno, ¿será necesaria la quimioterapia?” Ya lo había dicho. Creo que nadie se imaginaba ni podía entender lo duro que para mí era pronunciar esa palabra: quimioterapia. Estaba sonando en mis oídos, y de mi propia voz, la palabra más temida en mi imaginario. Mucho más que la palabra muerte. Aunque aún no sabía por qué.

“Hay muchas más cosas que hacer antes y aún no sabemos...”, intentó responder Rubén para no decirme más.

“Si es maligno, ¿será necesaria la quimioterapia?” repetí la pregunta.

Me contestó que era difícil saber sin la biopsia, pero por mi edad, si resultaba maligno, “muy probablemente”.

“Yo no quiero quimioterapia, yo voy a negarme a la quimioterapia”, le dije aventando el enojo hacia él. Afortunadamente para mí, la calidad humana y como médico de Rubén nuevamente salió, y en vez de tratarme con distancia —como es la imagen típica que tenemos de un cirujano— me contestó con paciencia y cariño.

“No pienses en ello, es demasiado pronto.”

“Estoy decidida. No lo haré nunca jamás. Quimioterapia no.” Dije en el fondo desesperada y enfáticamente con el fin de asegurar a mí misma que no lo haría.

Tenía dificultad para caminar por el miedo que sentía, pero de alguna forma logré bajar al área de ultrasonido apoyándome en Julio. Me desvestí para ponerme nuevamente una bata y pasar al cuarto donde iban a realizar el procedimiento. En ese momento sentí que al bajar desde el consulto-

rio de Rubén hasta el ultrasonido, y al ponerme la bata, había pasado del mundo de los sanos al mundo de los enfermos.<sup>2</sup>

Este cuarto de ultrasonido era distinto a cualquier otro que había conocido. En primer lugar era oscuro, y yo tenía que acostarme sobre una mesa de metal plana. Una mujer con una voz muy amable operaba el equipo. Entró Rubén. Ella empezó a explorar la mama izquierda y sin mayor problema encontró el tumor que habían visto hace apenas una semana en Cuernavaca. Lo midió y dijo a Rubén que era de aproximadamente dos centímetros.

Acostada, viendo hacia el techo, yo no podía creer que eso me estaba pasando. Nunca en mi vida había experimentado un terror de esta naturaleza. Pensé que no podía sentir más miedo que lo que estaba sintiendo en ese momento. Pero cruel sorpresa. Escuché esa amable voz decir: “Doctor, mire, hay otro.” Mi corazón pasó a mi estómago y escuché a Rubén, sorprendido, responder: “¿Otro?” “Sí doctor, abajo y a un lado, menos grande y difícil de encontrar, pero allí está.” Ambos miraron hacia la pantalla donde ya se veía claramente los que podían haber sido unos gemelos si hubiesen estado viendo mi vientre, pero desafortunadamente se trataba de mi seno.

“¿Otro qué?, ¿tumor?”, dije yo en voz alta pero temblante, como si pudieran haber visto un “otro” que era distinto a un tumor. Las lágrimas empezaron a fluir como a veces le pasa a Maha. Mis ojos se llenaron de ellas, se derramaron y empezaron a recorrer silenciosamente mis mejillas, sin palabras y sin gemidos. Mi alma caminaba de nuevo al borde del precipicio que ahora se veía más hondo y ancho. La esperanza se

---

<sup>2</sup> Sontag.



desvanecía. Por primera vez sentí que iba a perder el control y a entrar en la histeria. Esto se estaba poniendo mucho más serio de lo que yo me había permitido imaginar aun en los peores escenarios. Nadie me tenía que explicar lo obvio: con dos tumores la situación cambiaba.

Había llegado el momento para la primera invasión de mi cuerpo: la biopsia.

Rubén me explicó que me iba a anestesiarse el área del seno donde iba a introducir una aguja para extraer una muestra, de ser posible, de ambos tumores. Eso lo tendría que hacer con la guía del ultrasonido.

Llamó mi atención la fuerza que tienen que ejercer los médicos para hacer entrar la aguja. No duele, pero nada tiene que ver con la aguja de una inyección, pues aquí es necesario penetrar un tejido duro y sólido —el tumor—, atravesarlo lo más que se pueda cortar y sacar la muestra del cuerpo del paciente. Mientras Rubén empujaba y jalaba yo intentaba, sin mucho éxito, no llorar y no gemir.

Doy cuenta de que fue en este momento que empecé a conocer al cáncer como una parte de mi cuerpo. Como una alterada-yo, con su propia capacidad de crecer y extenderse pero siendo parte inseparable de mí. Era, por ello, muy difícil separarlo del tejido sano. Sentía de nuevo que estaba fuera de mi cuerpo, observando todo desde arriba, como si estuviese en una obra de teatro en que la protagonista era alguien semejante a mí, pero no yo.

Con mucho cuidado y hasta ternura, Rubén me parchó la herida y me ayudó a subirme y a ponerme de pie. Ya había perdido totalmente ese sentir de enojo y distancia, pues ahora dependía de él. Me dolía mi lado izquierdo, pero realmente no lo percibía. El miedo es una gran anestesia.

Mientras me vestía, con Sonia cerca de la puerta cuidándome, Rubén habló con Julio. Los dos le hablaron a Alicia —constantemente presente. Ahora sé que Rubén estaba casi seguro de que era maligno y que ya me había programado un espacio en el quirófano para el día siguiente: miércoles 7 de noviembre del 2007. Pero él había esperado algo menor y sus planes cambiaron después de la biopsia. Sin embargo, ni él sabía cuán complicado iba a ser mi caso al abrirme. Yo realmente no me percaté del cambio en los planes —de nuevo el miedo estaba anestesiándome— y empezaba a andar por la vida como si estuviese fuera de mi cuerpo.

Julio me guardó esas noticias, pues no me iban a ayudar en nada. Me dijeron que probablemente el resultado estaría listo para ese mismo día en la tarde. Mucho después me acordaré de mis cuentas alegres tan equivocadas que me permitieron ir a Disney —de que los resultados de la biopsia podían tardar dos a tres días.

En un momento de miedo y desesperación, a escondidas, le marqué al doctor Misael Uribe, mi médico de cabecera hasta ese momento. Me acuerdo que se me quebró la voz, que no podía controlar las lágrimas y que le confesé que tenía mucho, pero mucho miedo. Le pregunté dónde estaba y él me aseguró que venía en camino y que estaría presente ese mismo día en la tarde y el día siguiente conmigo. Me ayudó mucho esta llamada, no solamente por sus palabras, sino porque tenía que hablar con alguien que no fuera de la familia y depositar en esa persona mi terror.

Le marqué a Dilys y le di la noticia, o mejor dicho, le confirmé lo que todos ya sospechaban y le dije también que no se trataba de un solo tumor, sino de dos. Le había pedido que, de ser necesaria una cirugía, me acompañase en el qui-

rófano. Yo tenía y tengo una absoluta confianza en su capacidad de tomar decisiones médicas para mí y presentía que a lo mejor habría decisiones que tomar con Julio y Rubén. Dilys aceptó venir a México y participar en la cirugía, como lo haría dos veces más en las semanas siguientes. Yo estaba aferrada a ella como si se tratase del mástil de un barco en una tormenta.

Aún no conocía a Rubén lo suficiente para saber que podía tener la misma confianza en él. Afortunadamente para mí, él es tan abierto y tan generoso que accedió a esta petición mía —de permitir a Dilys entrar—, a pesar de ser totalmente fuera de lo común o aceptable entre los médicos.

Fue otra de las muchas veces en que mi equipo médico me permitió hacer las cosas a mi manera y darme un apoyo que creo muy pocas pacientes tienen. Sé que he sido sumamente afortunada con el apoyo médico que he recibido y con el grupo y cada uno de los médicos que me tratan, y aún en aquel momento de terror lo sabía.

Este trato tan digno llegó a ser ingrediente clave para la inspiración del trabajo —como paciente, como investigadora y como vocera— que desarrollaría en los siguientes meses con el programa “Tómatelo a Pecho”.

## COMIDA EN TLALPAN

Salimos del hospital y Julio me preguntó, con mucha ternura, qué era lo que quería hacer para pasar el tiempo de espera hasta tener los resultados de la biopsia. Sorprendentemente, porque en general no me gusta salir a comer, respondí que fuéramos a almorzar a la Ex Hacienda de Tlalpan.

Cuando Julio y yo éramos novios visitábamos mucho ese lugar para cenar y yo tenía buenos recuerdos de esos momentos en nuestro noviazgo. Además, sentí que el jardín del restaurante era un espacio abierto donde podía respirar y disfrutar de la vista.

Doy cuenta de algo que ahora es una constante en mi vida: desde el diagnóstico siempre estoy buscando permanecer al aire libre, con una vista agradable al frente, con plantas o naturaleza cerca.

Llegamos al restaurante, nos llevaron a la mesa y a pesar de estar en frente de mucha gente yo no paraba de llorar. La cantidad de lágrimas era incontenible, pero sin llanto y sin gemir. Simplemente caían como agua en una fuente. Lloraba con la calma que acompaña en ocasiones a la tristeza y al miedo.

Yo había pedido a Alicia que nos alcanzara. Apenas si recuerdo de lo que hablamos. Yo seguía llorando —sin aspavientos y simplemente como una ligera fuente de lágrimas constantes. Alicia ya había hablado con Rubén, pero yo no le preguntaba que le había dicho pues, en ese momento, ¿para qué?

Tomé un par y quizás hasta tres tequilas —cosa que no suelo hacer. No me hicieron ningún efecto en cuanto a ayudarme con la tristeza pero quizá sí con el miedo. Casi no comí, porque debido a la tensión no pude pasar el alimento.

Recuerdo también que accidentalmente hice caer una zanahoria en la copa de vino tinto de Julio. Aún tengo la imagen guardada en mi memoria del contraste de colores: la pieza naranja flotando en el líquido bermejo. Lástima, pero eso no tuvo nada que ver con el tequila, sino más bien con el hecho de tener en la mano un pañuelo desechable limpiando las lágrimas todo el tiempo. No logramos reírnos, pero sí nos dio algo de qué hablar.

Relato lo de la zanahoria y la copa porque ahora me percató de que los pequeños detalles, los mínimos incidentes, antes ignorados, empezaban a emerger con importancia y trascendencia. Con el estar “aquí” y “ahora” aprovechándolo todo, lograba aguantar la espera.

Yo tenía muy claro cómo quería gastar estas horas. Sentía la necesidad de estar en la casa de mis suegros, pero sin Julio. Decidí entonces ir a su casa y decírselo todo a mi suegro como si hubiese estado hablando con mi padre. Creo que era, en efecto, mi momento de compartir la noticia con mi papá —muerto de cáncer y por los efectos de mucha injusticia 24 años atrás.

Cuando se lo conté a mi suegro, Silvestre, lo tomó con serenidad y como el gran médico que es. Tal vez lo hizo a propósito, porque podía leer en mis ojos el terror que estaba viviendo. “Esas cosas tienen cura hoy en día. Pasa a tantas mujeres que ahora es una enfermedad común”, dijo con calma.

Él y mi suegra tuvieron que salir y yo le pedí no decirle nada a ella aún.

El tiempo se detenía una vez más. Pero no era en esos momentos en los que quería que se detuviera. No podía tranquilizarme. Otra vez estaba a punto de sufrir un ataque de pánico. Me dolía el estómago y sudaba frío.

Había ido a la casa de mis suegros por una razón adicional y muy importante: para escuchar a Hannah en su clase de canto con mi cuñada, Marcela. Pensaba que a lo mejor no iba a ver a mi hija por muchos días y la quería abrazar. Hannah y Maha se estaban convirtiendo, sin saberlo ellas, en los ángeles que me daban respuestas cuando sentía desplomarse la tierra debajo de mis pies. La parte de “sin saberlo ellas” es muy importante: yo tenía que aprovechar y disfrutar de ellas sin que lo sintieran

como una carga o una amenaza. Otra vez estaba ejerciendo este poder de amortiguar el sufrimiento para mi familia.

Yo seguía escuchando a Hannah cantar “Eidelweiss”. Era muy irónica la situación, pero en este preciso momento ella estaba aprendiendo la canción de “The Sound of Music” (*La Novicia Rebelde*). Esa canción es la que cantan en la película cuando la familia se despide de su pueblo para escapar de los Nazis.

Sonó mi teléfono celular, era Julio, eran apenas las cinco de la tarde y por ser tan temprano yo no sospechaba nada. Pero al contestar hubo unos segundos de silencio y mi corazón empezó a latir muy fuerte. Entré a la cocina de mis suegros para que Hannah no me viera y me agaché sobre el fregadero, como si tuviera que vomitar. Me apoyé en los brazos porque mis piernas se sentían como hechas de gelatina.

Julio, con una voz que demostraba lo difícil que era haber tenido que hacer esta llamada, pronunció dos palabras: “Es maligno”. Después: “Perdón. No quería darte esta noticia. Rubén me acaba de hablar. No hay duda. La cirugía es mañana en la mañana.”

Me acuerdo con absoluta claridad de todos los detalles de ese momento, y es tan nítido el recuerdo que lo puedo volver a vivir:

Siento que mi cabeza explota en pedazos. No puedo llorar. No puedo respirar porque me he caído del precipicio y esa caída me roba todo el aire de mis pulmones. Siento mi pecho hundiéndose. El miedo me agarra y solamente pienso en tener que enfrentar la quimioterapia. Desde dentro de mí sale un grito salvaje de dolor profundo que continúa por muchos momentos. En mi men-

te me veo en un cuarto redondo y a solas, gritando y convulsionándome tirada en el piso.

Pero no había salido ningún grito. Tampoco ningún llanto, pues Hannah estaba en la habitación de al lado y de ninguna manera la iba a espantar. Quizás era también por ello que había ido a la casa de mis suegros —un lugar donde no podría sacar ese grito salvaje.

Regresé a la sala donde ella cantaba sentada junto a Marcela en el piano de mi suegra. Le pedí cantar una vez más “Eidelweiss”. A mis oídos sonaba bellísima la canción y su voz. Sin que Hannah viera —o eso pensé yo en el momento— empecé a llorar y las lágrimas recorrían mis mejillas. Decidí irme antes de que ella se diera cuenta de que yo no tenía el control de mí misma.

Mucho después, de hecho al leer la primera versión de este libro, Hannah me confesó que sí sabía que yo estaba llorando y que le había parecido normal. Marcela también se dio cuenta, y cuando ella le preguntó a Hannah la razón por la que estaba llorando le contestó que me habían descubierto un tumor.

Otra vez me doy cuenta de que los niños perciben mucho más de lo que pensamos y que hay que intentar ser abiertos y honestos con ellos, aunque a la vez no tienen los elementos para comprender cabalmente. Hannah también me preguntó, al leer este capítulo, qué es “maligno” y por qué esta noticia me había hecho llorar. Yo le tuve que explicar que hay diferentes tipos de tumores y que no todos son de cáncer, pero que con el diagnóstico de maligno en aquel momento se había confirmado que el mío sí era cáncer y no un tumor benigno.

En aquel momento, Marcela dejó a Hannah sentada en el piano y salió detrás de mí. Me abrazó y me preguntó que

había pasado. Fue la primera vez que yo tuve que pronunciar las palabras: “Tengo cáncer.” Le pedí que no dijera nada a Hannah y que siguiera con la clase. “Julio y yo tendremos que compartir esa información con ella juntos y al rato”, le dije, y salí corriendo.

## UNA TARDE PARA PONER TODO EN ORDEN

Escuchar a Hannah y salir de la casa de mis suegros hacia el coche me había ayudado a lograr calmarme. Otra vez me iba a refugiarme en el trabajo, un lugar público pero a la vez un espacio mío.

Sorprendentemente no quería saber mucho de lo que me iba a suceder la mañana siguiente. No hice preguntas, excepto las más básicas, como la hora en que tenía que dejar de comer antes de la cirugía.

Me dirigí a mi oficina. Mi propósito era claro —ser muy profesional en el manejo de lo que iba a suceder—, pues me di cuenta de que nos iba a ayudar a todos después. “Ya tengo el diagnóstico. Ahora tengo que poner las cosas en orden”, pensaba mientras seguía cayendo al vacío. “Tengo que ir a la oficina. Mañana me operan. Arreglar todo: primero las niñas, después el trabajo, después yo.” En ese orden.

No pensé mucho en poner las cosas en orden para Julio —reflexioné que lo mejor y lo único que podía hacer para apoyarlo a él era apoyar a las niñas. Quizá no pensé que había mucho que hacer por él. Estaba equivocada.

Julio y yo después reflexionamos sobre cuántos mensajes me habían llegado y cuán pocos a él. Tras unos meses, hablamos de lo poco que se piensa en el apoyo que requiere el marido y del miedo que debe sentir. En un momento, Stefa-



no Bertozzi, esposo de Dilys y también amigo nuestro, le escribió un mensaje muy personal a Julio para ofrecerle cualquier apoyo que pudiera ser útil, especialmente con las niñas. Este mensaje fue muy importante para Julio.

Empecé a organizarme pensando que estaba otra vez en una obra de teatro — y de nuevo viéndome desde fuera. Sin embargo, rápidamente me di cuenta de que no era una exageración ni una obra de teatro: el drama que yo estaba generando a mi alrededor era real y necesario.

Primero pensé en Hannah, por lo que hablé con su pediatra, Nieves Posada, amiga muy cercana de Alicia. Entre lágrimas y llantos le pedí que pasara a mi casa ese mismo día en la noche para explicarle la situación a Hannah. Me pareció muy importante generarle a mi hija un círculo de personas de absoluta confianza y con mucha información que le apoyara; así, Julio también podría digerir lo que estaba pasando. Escuché la voz de Nieves incrédula con la noticia y, por supuesto, accedió a mi petición.

Intenté con todas mis fuerzas no llorar, pero cuando hablé con Rosa María sucedió de nuevo. Ella, amiga incondicional, también lloró y prometió estar conmigo donde fuera necesario y ayudarme a poner todo en orden. Decidimos que inmediatamente después de la cirugía cambiaríamos mi testamento, originalmente hecho para y por una mujer sana —y yo había migrado. Cuando se es joven, uno hace el testamento pensando que el tiempo de morir está muy lejos, que la probabilidad de que ocurra pronto es baja. Esa ya no era mi situación; ahora era una ciudadana del mundo de los enfermos y, honestamente, no sabíamos qué iba a pasar. Decidí simplificar mi testamento para Julio en cuanto al manejo de las niñas.

Una de las llamadas fue al doctor Guillermo Soberón, Presidente Emérito de la Fundación Mexicana para la Salud, una persona a quien guardo un enorme cariño y que me ha guiado durante más de 10 años en lo personal y en lo profesional. En esta ocasión había poco que aconsejarme, pero el cariño y la preocupación en su voz casi me llevaron de nuevo a las lágrimas. A partir de este momento, el doctor Soberón se mantuvo pendiente de Julio y de mí, y con prudencia, pero con mucho cariño, me llamaba en forma continua durante todo el proceso que seguiría.

Eran casi las siete de la noche. Me di cuenta que emocionalmente y psicológicamente estaba poco preparada para tener que reformular mi vida y hacer un espacio para el nuevo acompañante, la alterada-yo, el cáncer. Hablé con una persona a la que tengo una enorme confianza —un psicoanalista—, doctor Julio Casillas. Lo conozco desde la mitad de los 90, pero no lo había yo visto desde el año 2000. Por fortuna, logré encontrarlo en su consultorio y entre llantos moderados le dije que sentía que necesitaba algo de apoyo y que si era posible que me viera. Le expliqué que a la mañana siguiente me iban a operar y que no sabía qué más seguía. Me dijo que fuera a su consultorio a las ocho de la noche.

Había llegado el momento de la reunión con mi equipo. Lo más difícil era enfrentar el rostro de Héctor Arreola. Mi sentir era que le estaba abriendo una herida profunda y muy reciente, pues apenas había pasado un año y unos meses desde la muerte de Loren, después de cuatro años de una terrible lucha contra la misma enfermedad que ahora yo también tenía: cáncer de mama. Yo pensaba en él y no en las implicaciones para mí. Él se mantuvo muy cerca y siempre presente, como ya lo dije, pero a la vez discreto.

Los demás me miraban con desconcierto, especialmente los que habían vivido el trauma de la familia de Héctor y los que habían trabajado conmigo durante más de cinco años —queridos colegas como Sonia y Oscar. Les dije a todos que ya que se había confirmado el diagnóstico de cáncer y que al día siguiente me operaban. Nadie lloró. Yo no permití un espacio para ello en ese momento. Yo tenía que estar muy serena, muy consciente del tiempo que ya no podía perder. Sin embargo, mi plan era estar de regreso en la oficina el jueves o a más tardar el viernes. Excepto durante la cirugía, estaría yo, como siempre, en línea vía mi Blackberry y en contacto constante con Héctor Arreola, Sonia Ortega y Julio Rosado, quienes se encargarían de los proyectos. Les expliqué que ese mismo día habíamos recibido la confirmación de un contrato importante y que nos iba a ir muy bien como grupo de trabajo. Orgullosa de todos ellos les pedí que mantuviesen el ritmo y la productividad mientras yo no estuviera presente, como siempre habían hecho cuando yo tenía que estar ausente de la oficina.

Decir a un grupo grande de personas que tenía cáncer no fue sencillo, pero era otro paso en un proceso de crecimiento personal y aceptación. Me ayudó el hacerlo, porque me comprobó que yo era más fuerte de lo que estaba aparentando ante mí misma. Me dio luz el hecho de tener que pronunciar la palabra cáncer en público y darme cuenta de que lo pude hacer sin llorar. Eso me hizo sentir mucho más fuerte.

Creo que esta estrategia también ayudó a mi grupo de trabajo. Durante todo el proceso del tratamiento ese equipo ha estado no sólo al pendiente sino a mi lado. Lo han vivido conmigo y han tomado como suyo el compromiso de apoyar a las mujeres que sufren de cáncer de mama. Cuando terminé

las infusiones y la quimioterapia fueron ellos quienes me hicieron una fiesta para celebrar.

Contacté a varios colegas. Les di la noticia tal como era, en mensajes titulados simplemente “un problema de salud”, pues había decidido que lo mejor para todos era decir la absoluta verdad para ayudar con la planeación de lo que seguía en el plano profesional. Estos mensajes resultaron estrategias que penetraron. Año y medio después presentaré los resultados de uno de mis proyectos. Una de mis colegas, Marie-Claude Martin, dice que son muestra de mi compromiso con el trabajo; para mí fue muy importante saber esto.

Me acuerdo bien de la llamada que hice a mi colega y amiga Rebeca Wong. Rebeca me ofreció su incondicional apoyo y me dijo que ella y su hija iban a rezar por mí esa noche. En ese momento caí en la cuenta de que seguía sin poder rezar. Estaba vacía mi alma, congelada. Seguía sin ese diálogo tan abierto que yo había sostenido con mi Dios durante décadas, ese encuentro que yo recordaba entre las primeras memorias de mi infancia. Estaba apagada. Eso me dio mucho miedo, así que por el momento decidí no pensar en ello.

Sonia Ortega y Héctor Arreola me llevaron después al consultorio de Julio Casillas en el coche de Héctor. Yo preferí no estar en mi coche. No quería estar sola. Yo debía haber estado sintiéndome muy mal, pero no lloraba. Me acuerdo que sentía cierta paz en mi alma al estar con estos dos amigos y colegas que me han acompañado durante tantos años.

Me quedé en el consultorio platicando con Julio prácticamente una hora, pero no me acuerdo bien de la sesión. Le dije que no temía a la muerte pero sí a la quimioterapia. Le consulté sobre cómo y qué decirles a las niñas y me aconsejó compartir con ellas la verdad, pero contestándoles sus pre-

guntas y no más. Me confirmó lo que yo ya sabía: esconderles información a las niñas tan sólo iba a magnificar en sus mentes la gravedad del asunto y podían llegar a pensar en algo aún peor de lo que estaba pasando.

Él me dijo que iba a verme en el hospital el día siguiente y eso me dio mucha fuerza. Habiendo estado en contacto directo o indirecto por amigos y familiares con muchos psicoanalistas y psiquiatras, puedo decir que él tiene un don como ningún otro. Quizás ese don es algo especial que tiene conmigo, pero sea lo que sea, para suerte mía, lo tengo a mi lado. Y así agregué una pieza clave en el rompecabezas de mi equipo médico.

## LA PREGUNTA DE HANNAH

Llegué tarde a casa, pasando las nueve y media de la noche.

Hannah ya estaba dormida y sólo alcancé a darle un beso y decirle buenas noches. Había conversado con Nieves, Alicia y Julio. Cuando llegué estaban sentados los tres en la sala de mi casa analizando la situación.

Hannah les había preguntado si me iba a morir. Así de directo, así de llano.

Hay una forma de contestar esta difícil pregunta con una mezcla de certidumbre e incertidumbre: con la verdad. Yo creo que la respuesta correcta tiene que ver con el tiempo. Todos nos vamos a morir y la incertidumbre gira alrededor de cuándo, cómo y de qué.

Yo había insistido mucho en la absoluta honestidad con las niñas, pero a la vez, con los sabios consejos de Julio y de Julio Casillas, aprendí a no decirles más de lo que ellas me preguntaban. Y así fue, respetando mis deseos y a la vez ejer-

ciendo un gran cuidado de su hija, Julio explicó a Hannah que me iban a tener que operar y quizás iban a darme tratamiento. Con toda certeza le aseguró que mi vida no estaba en riesgo, ni en la cirugía del día siguiente, ni por ahora. Parece que eso fue lo único que Hannah quiso saber: que yo no iba a morir al día siguiente.

Ella se negó a hacer más preguntas y no pidió más información. Ya que sabía que su mundo no iba a cambiar —por el momento—, pudo aferrarse a su normalidad. Y lo normal para ella, en ese entonces, era ir a dormir, como afición, a las 9:30 de la noche. Y así lo hizo y descansó con la certeza de poder recurrir a Nieves, Alicia y Julio en búsqueda de la información que iba a necesitar en el futuro.

Cuando llegué a casa, Nieves en particular intentó convencerme de lo mismo que compartió con Hannah —que no iba a morir y que era muy importante que yo lo creyera, pero en mi caso no era tan sencillo. Le dije que sabía claramente que no iba a morir en la cirugía del día siguiente, pero que teníamos que ser honestos todos y aceptar que no sabíamos qué clase de noticias se nos presentarían en el futuro. Por más que ella intentó convencerme, no pudo. Finalmente, le expliqué que no tenía miedo de la muerte.

Me quedé hasta muy noche hablando con Julio. Ya más calmada. Segura en ese momento con mi decisión de negarme a recibir la quimioterapia. Al lado de la chimenea platicamos esa noche sobre qué decir a Maha. Julio tenía la idea de no usar la palabra cáncer con ninguna de las niñas.

Pero yo insistí: “Hay que decir lo que es”, por lo menos con Hannah: “Prefiero que lo escuche de nosotros, cobijada por nosotros. Ahora esa palabra se está usando entre ella y sus amigas y no están preparadas para poderla manejar o explicar.”

La verdad es que yo tampoco quería manejar un tabú con la palabra cáncer, y menos en mi casa, donde se pudiera convertir en un fantasma. Si cáncer era lo que tenía deberíamos enfrentarlo como tal y no darle ningún escondite.

Era muy diferente la estrategia que trazamos para explicarle la situación a Maha, de tres años. En su caso, la noticia de la cirugía podía esperar, pues estaba acostumbrada a que me fuera de viaje por unos días y así no prestaría mucha atención a mi ausencia.

Con los niños muy pequeños yo creo que las malas noticias no se explican acompañadas de grandes fanfarrias. Se explican en medio de la rutina y se busca regresar a la cotidianidad, a la normalidad que tanta certeza da a los niños. A Maha le explicamos en su momento que a su mamá le quitarían un “bubu”, que es una manera anglosajona de llamar a lo que queda cuando te raspas o tienes una cortada y que debes limpiar y poner un “curita”. Su cercanía con la palabra “bubi”, que manejan tanto las niñas, me ayudaría a explicarle todo más adelante.

Para el cuidado de las niñas, se quedaría en casa una de las personas que más me ha ayudado en mi vida: Tere Pérez. Conocí a Tere más de diez años antes, e igual número de años llevaba trabajando conmigo. Habíamos vivido juntas mucho trabajo y momentos difíciles, pero nunca algo como eso. Tere es una mujer joven, discreta, inteligente y capaz. Yo sabía que le estaba dejando un paquete grande, pero que ella podía con él. Sabía que iba a brindar a las niñas todo el cariño que tenía para ellas y que iba a ser muy cuidadosa en cuanto a qué les decía y cómo se los decía. A la vez sabía que contaba con la fuerza y la sabiduría para contestarles cualquier pregunta que ellas pudieran tener.

## LA NOCHE ANTERIOR A LA PRIMERA CIRUGÍA

Esa noche casi no dormí. Buscaba en internet información sobre las cirugías asociadas al cáncer de mama y qué hacer después. Me di cuenta a través de esa información -y eso fue un golpe para mí porque no me había percatado de eso a pesar de ser tan obvio- que a partir del día siguiente no iba a poder usar la misma ropa o un sostén. Con eso en mente hice mi maleta para el hospital, llorando calladamente. A la vez, me di cuenta de que me sentía mejor y más empoderada con la información que como estaba antes sin ella: ignorante.

Yo rezo y rezaba diario. En la mañana al despertarme repito las antiguas palabras de algunos himnos que son simplemente una afirmación de fe y devoción a Dios. También repetí: “Dios es mi pastor”, aunque sólo lo hice aquella mañana del 7 de noviembre, no más. No buscaba una bendición para mí.

A pesar de que yo lo anhelaba, especialmente en aquel momento, seguía sin el diálogo que siempre había tenido desde niña con mi Dios. No lo pude encontrar. No hallaba la forma de dialogar. Nunca dejé ni he dejado de ser creyente. Tampoco estaba enojada con Dios, ni en aquel momento ni en ninguno de los que siguieron después. Estaba vacía. Estaba simple y dolorosamente vacía.